



DANZA

Unos dúos atractivos

COMPAÑÍA NACIONAL

Obras: *Rassemblement* (Nacho Duato/
Toto Bissainte), *Jardín infinito* (Nacho
Duato/ Pedro Alcalde, Sergio Caballero).
Escenografías: Walter Nobbe / Jaffar Cha-
labi. Luces: Nicolás Fischtel / Brads Fields.
Escenario: Teatro Real. 17 de febrero.
Calificación: ★★

JULIA MARTÍN / Madrid

Un estreno absoluto y una pieza de 1990 señalan los puntos cardinales de la carrera del coreógrafo y director de la CND. Además de distantes en el tiempo, las dos obras del programa son ejemplos claros de lo que ha variado su escritura y su gusto estético en esos 20 años que las separan. Noche de contrastes que empezó sencilla y luminosa pero terminó oscura y larga.

Primero, nada más adecuado en el nuevo tiempo de horror para Haití que este *Rassemblement* en honor de este pueblo orgulloso y luchador. La danza se funde con las preciosas canciones de Toto Bissainte trufadas de sonidos de naturaleza y aires tribales. La fluidez de las variaciones entra de manera naturalizada en la expresión de un sentimiento de estirpe, de dolor y esperanza; de fortaleza y altura humana.

Los bailarines, magníficos de altura y presencia, se proyectan hacia un espacio abierto y en saltos, dejando el habitual dibujo de líneas en el espacio próximo. Y de solista África Guzmán, intacta su gracia y su nervio, intérprete y testigo sobreviviente de todos los estilos que tuvo y deberá de tener la CND.

Jardín infinito resulta en cambio una pieza complicada que muere en su propio caldo de abstracción sin remediarlo ni el personaje *concreto* que representa al porta ruso Antón Chejov, ni la estructura móvil y epatante que le hace de techo, suelo, refugio y encierro. El ambiente emocional de la pieza vuelve a darlo la música aunque por efecto contrario a la primera obra. La banda sonora es dispersa y contribuye al desánimo por comprender las intenciones de los creadores. La sensación es de tristeza asumida y de naufragio interior en un mundo que no empieza ni termina.

Los bailarines parecen ser piezas que se acoplan y se separan, siempre gélidas. El peso anímico que provocan música y escenografía se agudiza con una danza ajena, inquieta y sin peso. Los dúos vuelven a ser lo más atractivo: en trayectos continuos y suspendidos en el plano bajo. Otra vez esa escritura *duatiana* de indudable belleza de trazos y expresión polivalente, según sea la modulación y el acento que aplique este coreógrafo de aguda musicalidad.